

MAYO

En este año de 1952 siguió teniendo plena vigencia —no podía ser de otra manera— una hermosa tradición secular que es blasón del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: la destinación del mes de Mayo (así lo ha querido todo el mundo cristiano) a honrar en forma especialísima a la Madre del Verbo.

Oficiante en los diversos actos religiosos fue el señor Vicerrector, Presbítero Doctor Marco Tulio Cruz Díaz. Con devoción hervorosa los alumnos del Claustro elevaron sus plegarias al cielo durante esos 31 días, siempre a la hora en que “se duermen los montes y se apaga la luz”; y escucharon ellos —regalo espiritual que infundía paz a las almas y gloria a los sentidos— la voz elocuente del ilustre Rector de la fundación del Arzobispo Torres, Monseñor José Vicente Castro Silva, quien escogió como temas de sus pláticas los santos Misterios del Rosario que avivan nuestra fe. Y a diario hubo solemne bendición con el Creador del Universo; y a

diario se oyeron cánticos (tañidos de finos metales) que ensalzaban a María Virgen, alado testimonio de la hiperdulía sincera que los rosaristas profesamos.

El postrer día de Mayo se congregaron en la Capilla de la Bordadita profesionales muy connotados que antaño pasaron por el Colegio Mayor, con el propósito de ratificar su amor indeclinable a la celestial protectora de sus afanes cotidianos; junto a ellos estaba la generación que hogaño los reemplaza en las aulas. Conjunción ejemplar, de las que sólo pueden alcanzarse cuando existen creencias e ideales comunes a todos los espíritus!

Cuando se dedica el tiempo florido a venerar a la Reina del Rosario en su Colegio Mayor, probado queda, de manera meridiana, que éste se acerca al centenario tercero confiando en el amparo constante que le depara tan augusta Patrona y teniendo en sus lares a seres convencidos de que “el hombre es un ciudadano del Imperio de Dios”.

N O T A S

NOTA BIBLIOGRAFICA

La aldea en el espejo. — Jorge Barragán. — 104 páginas. — Editorial Iqueima. — 1952.

Jorge Barragán Nieto, estudiante de 4º año de Jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, acaba de publicar 17 poemas correspondientes a su primera cosecha lírica. Los recogió bajo el título "La aldea en el espejo", el cual lo es también de una de dichas composiciones. Empero, el pequeño volumen habría podido llamarse indistintamente "Búsqueda", o "Jardín en la niebla", o "Puerta terrestre" (títulos pertenecientes a tres poemas de la colección), ya que la obra no muestra unidad orgánica alguna. Unidad orgánica cuya obtención se dificulta en un libro poético, y que se torna más esquivada tratándose de la poesía ultramoderna cultivada por este joven rapsoda.

No obstante, conviene que nos refiramos al título. O que el autor "divaga como un exilado por las calles neblinosas de su aldea interior", según opina Octavio Amorátegui en el bello prólogo que antecede a los cantos, y elabora, por tanto, versos eminentemente subjetivos; o que el poema es

un espejo donde se copian los entes columbrados por el poeta y, en consecuencia, decir "la aldea en el espejo" equivale a expresar "la aldea en el poema", son dos de las interpretaciones que cabría dársele al mero título del fascículo en que nos ocupamos. E internándonos por este camino, fácil resultaría arribar a la siguiente conclusión: el peor enemigo de la poesía de ahora ("poesía angustiada" — expresión ésta que se convirtió en lugar común) es la desafiante subjetividad que parece caracterizarla. Pues buena parte de sus lectores (quizá la inmensa mayoría) se quedará sin entenderla, y el menor número de ellos andará buscándole significados diversos, y hasta encontrados, a un mismo verso, con peligro de no coincidir ninguno de éstos con la idea que pretendió exponer el autor. Por donde el versificador corre grave riesgo (que en ocasiones tiene como áurea presea, cuando es apenas engañosa baratija de similor!) de que a trechos nadie consiga descifrar su enigmático mensaje. Tal podría acaecerle a Barragán cuando escribe:

*"En mi sangre las arpas del invierno,
corren impetuosas con la arena en una fiesta
y apuran sus soplos relieves del misterio
cuando los habitantes envían
un pañuelo a la yerba".*

(*"Jardín en la niebla"*).

O cuando canta, tras de hablarle al bosque:

*"De los pasos que cantan el olvido
suben carrozas de primavera,*

alhajas y azabares de una edad de oro,
bajo las moradas de las torres de nieve
ríos y senderos, coros de brisa verdadera,
lentos espacios entre cuerdas musicales”.

(“Llanto de la aldea”).

Monseñor Rafael María Carrasquilla¹, refiriéndose al simbolismo, decía en forma cáustica: “Poesía que necesita notas, no es arte para mí”. Tan elevada cima del pensamiento colombiano sintetizó así la opinión de quienes no se conforman con creaciones como las de Barragán Nieto. Nosotros no llegamos a tal punto. Pero si pensamos que esta poesía modernísima, orgullosa de no tener puntuación, falta de métrica —sus obreros le otorgaron a la métrica irrevocable partida de defunción—, carente de musicalidad que la levante de nuestro planeta contingente, no está llamada a perdurar. El tiempo se encarga siempre de probar la bondad o mérito de toda obra artística (aquí de la fórmula: “Sólo es bello lo que siempre es bello”), y no creemos que la novísima poesía nacional, de la cual Jorge Barragán aparece como señalado exponente y que sin duda

*“estos soplos sin simples exabruptos sonoros,
sencillos caprichos del tiempo de amor.
¡Consoláos! En un mismo punto hay luz y hay sombra
un punto imperceptible alberga visiones
innúmeras,
un solo punto guarda
¡las profecías para sustentar mil mundos del futuro!”*

(“Jardín en la niebla”).

Obvio también que la inspiración, contratiempo que a todo vate le acontece, no permanece a través del libro en invariable nivel. A veces decae en un solo canto; v. gr., “Al sol” alcanza entonación de himno, rezuma optimismo, mas sus tres

*“Una sucesión innúmera de muchedumbres
coros y estatuas recorre la luz:
En barcas de cristal llegan ecos poderosos
a besar las gavillas”.*

(“Un día del poeta”).

es producto de lastimosa crisis de auténticos aedos, logre salir victoriosa de su batalla con el implacable Cronos.

Y a pesar de que “La aldea en el espejo” no ofrece unidad de conjunto, nótese en Barragán cierta pobreza en la manera de tratar los temas. Determinadas palabras le son indispensables para construir sus versos; si las suprimiésemos, el edificio lírico hasta podría derrumbarse. Tales: “cristal”, “luz”, “río”, “música”. (Cualquier Aristarco sostendría que quien escoja dichos vocablos como materiales de trabajo, a fuerza de manejarlos se volverá luminoso, cristalino y musical...).

Pero dejemos que el mismo bardo se defina, que nos transmita su particular visión del universo mundo:

versos finales, que expresan anhelos nobles y rechazan toda alusión a inquietante decadencia, no exhiben la sonoridad propia del resto del poema. Y hay cambios más bruscos aún (los dos primeros versos son duros, los últimos mejoran notablemente):

Sin embargo de todo lo anterior, “La aldea en el espejo” guarda versos de honda hermosura. Los cuales, si recordamos la gastada frase de Alain (“El paisaje es un estado de alma”) que repiten los cultiva-

*“El viento, adornado de azul,
invita en el crepúsculo al viaje de la luz”;*

(“Nostalgia sin rostro”).

o esotros, dirigidos al bosque amigo:

*“en tí estaba el refugio que mis manos buscaban
y la resurrección cotidiana del rocío
en el fondo de tambores del alba”.*

(“Llanto de la aldea”).

Momentos hay en que la melancolía arrastra en el alma del poeta, medra vigorosa

y termina por ofrecer frutos de tristeza inefable:

*“Yace disperso en el papel
el polvo de las muertas palabras”.*

(“Aldea en un espejo”).

*“Los recuerdos crecen en cualquier parte
como árboles de bosques invisibles”.*

(“Un día del poeta”).

Y asimismo reina la desolación: avanza el hombre por líticas praderas, lo arropa lúgubre manto de cenizas y escucha el sonido de las campanas del viento en el

corazón de la noche, cuando ese viento gime como ángel exterminador; y situado ya frente al espacio arcano, florece en sus labios la plegaria:

*“Voy penetrando poco a poco caminos sin comienzo
por un largo camino de piedra:
veo las espaldas de antiquísima ciudad deshabitada,
veo altares de piedra calcinada
donde oficia un cantor solitario,
y allí con mi nostalgia milenaria
invoco un beso de Dios para mi raza,
invoco un beso de Dios para el que sufre”.*

(“Puerta terrestre”).

En síntesis, es imposible exigirle a Barragán Nieto la perfección sustancial y formal que admiramos en consagrados líricos, pues que se halla viviendo promisoría juventud y, por ende, apenas nos brinda su palabras iniciales. Debemos creer (y al afirmar ésto lejos estamos de menospreciar su poesía actual) que en no remota

época nos enseñará versos más serenos e indicativos de que su voz lírica se ha robustecido. La fina sensibilidad que blasona a tan dilecto amigo no presagia cosa diferente. Quedamos en espera de la segunda vendimia para gustar sus frutos!

De otra parte, nos complacería íntimamente que algunos conceptos, no exentos

¹ Citado por Monseñor J. V. Castro Silva en “Carrasquilla, orador sagrado”, Bogotá, 1937.

de tenue acritud, esbozados en la presente nota estuvieran huérfanos de verosimilitud; para comprobar tal hecho, nadie mejor indicado que los lectores de esta Revista, dueños de criterios harto ilustrados y diversos. De ahí que transcribamos una pro-

ducción de Barragán, representativa de su obra y que él aprecia en alto grado. Y así concluimos estas líneas, que sólo valen por su cordial sinceridad.

HUMBERTO GONZALEZ NARVAEZ.

(De "La Aldea en el Espejo")

RUMORES

*Un ángel de luz abre la puerta del poniente
rompiendo en el confín nubes de oro.*

*Mis ojos incrustados en arcilla amorosa
te buscan y te encuentran
en la llama de profundas catedrales de sueño;
mientras las cosas se cuentan unas a otras
armoniosamente sus secretos
y el río como un dios lleva un himno del universo.*

*La música instaura sus murallas
en un jardín, donde en soledad
reconozco mi más bello tesoro.*

¡Fiesta del poniente!

*Inicia la luz su cielo en los portales,
ánforas y columnas en la zarza
encienden un planeta de recuerdos.*

*Ebrios ceros vibran en mi sueño
al ritmo del mágico raudal precipitado.*

*En tí desemboco total como un río
que busca su alegría en su propia casa;
no llevo en mis manos
ni símbolos ni árboles ni flores
no llevo rumores ni palabras,
porque todas las cosas mucho te han nombrado
y me haⁿ revelado la misma materia del olvido.*

*Todavía te busco en el fuego
en la brisa en el agua en las estrellas,
en la yerba con lámparas de oro,
en el sueño que incendia el horizonte
con llamas de púrpura y cristales.*

*El caudaloso río de imágenes
que me arrastra ruidoso tras el norte,
apaga sus alas en el último escalón,
me habla entonces del silencio una estrella:
"Estamos en la noche"
y a lo lejos muere el mar bajo el ocaso.*

JORGE BARRAGAN NIETO.

FERNANDO DE LA VEGA

La obra literaria en Colombia ha sido pródiga en valores culturales de primera magnitud que dan a las letras patrias un lugar destacado entre otras manifestaciones de la lengua castellana, ya no sólo en lo que hace a la literatura del continente hispano-americano, sino también en su relación con la producción de la Madre Patria.

En el campo de la crítica, por ejemplo, son dos los grandes talentos contemporáneos que alcanzan con brillo natural y propio encumbrada cima literaria y emulan por la solidez de sus conceptos con los valores más representativos que en este género ha producido la lengua castellana. Al primero de ellos, el maestro Gómez Restrepo, no vaciló Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo, genio inigualable, en clasificarlo como uno de los mejores críticos del idioma. Fernando de la Vega, posterior un tanto, deja una obra que resiste el más severo examen y que reúne excepcionales condiciones de hondura y sabor literario como para ser catalogada a la par de las apuntes de su predecesor.

La labor del crítico, ardua y a la vez árida, requiere para ser llevada a cabo disposiciones y aptitudes que no son comunes. Ello explica porqué los exponentes de este difícil género no abundan y cuál es el motivo de que en él se destaquen solamente mentalidades escogidas que vienen a dar pauta en la consideración de todo aporte al acervo de la literatura. El crítico se debe al estudio sereno y concienzudo, sin que altere su juicio la pasión o el interés. Allí no cabe la improvisación.

Si es cierto que tarea de tan singular alcance requiere gran dosis de sentido estético, no lo es menos que ella exige también vasta cultura, de perfiles universales. Y cuando a una extraordinaria aptitud conceptual se agrega la destreza en el manejo del idioma, la crítica adquiere nueva modalidad y se vuelve agradable conjunto en que, en medio del aderezo natural y espontáneo que le confiere la prosa, surge claramente la expresión de una observación sutil y razonada, donde destaca sus matices más definidos la personalidad del autor. Es entonces cuando el crítico escala el más alto peldaño en el terreno de su actividad.

En Fernando de la Vega se reúnen ambos aspectos, sincronizados admirablemente. En su obra no se puede separar lo uno de lo otro, y el entendimiento vacila sin escoger a ciencia cierta un motivo que prevalezca en mérito artístico. En lo que hace al estilo, es De la Vega el prosista de apasionante belleza lírica que pone en cada párrafo el sello característico de su talento literario y ante todo el concepto reposado y sereno, plasmado con precisión absoluta por la mente selecta y ordenada. La prosa es clara, elegante y sobria; de corte clásico en que retozan la suavidad encantadora de Fray Luis de León y la metáfora expresiva de Lope y Garcilaso; hay allí todo cuanto exige la regla del lenguaje, matizado con el oro purísimo que es emblema de la pluma privilegiada del autor. Ejemplo de ello, tal vez el mejor, aquella tan divulgada "Loa a Cartagena de Indias", cuya lectura deja en el ánimo ese

indefinible solaz espiritual de que todos hemos disfrutado alguna vez ante la perfección y la armonía de la forma.

Pero si es interesante la obra de Fernando de la Vega por su aspecto de brillo exterior, no lo es menos en cuanto a su fondo crítico se refiere. Baste citar sucintamente algunos de sus libros: "Algo de crítica", "Espigando", "A través de mi lupa", en los que enfoca, en el elevado concepto que ellos le merecen, los más destacados valores de nuestra literatura. Ante el crisol de su inteligencia de humanista desfilan lentamente, y la mano maestra los critica con delicioso e impecable derroche de ingenio. En De la Vega esta actividad se reviste del más puro sabor idiomático y lleva como adorno estupendo la gracia soberana del estilo. Nadie como él ha analizado los grandes autores colombianos; de Suárez afirma, en frase que consagró la tradición, que "era un orfebre de la cláusula imperial". Y en la última de sus obras analiza a Valencia, Silva, Tamayo, Flórez, y a través de su pluma resplandecen las virtudes excelsas de cada uno de estos escritores que representan buena parte de nuestro proceso cultural.

Queda, por último, examinar al pensador

ecuánime y sincero en De la Vega, cuando plantea decididamente sus ideas políticas, basadas en el más puro sentimiento cristiano, en su libro: "Bolívar legislador y Núñez bolivariano". Deja en él consignada su veneración por dos de las grandes figuras de la nacionalidad. Desde el punto de vista histórico nada tan singular como este rotundo ensayo en que la personalidad de ambos pro-hombres aparece fielmente representada, con sus virtudes y defectos, pero siempre en el plano superior de su genialidad indiscutible. El testimonio de Fernando de la Vega es en este caso base insustituible del glorioso pedestal en que descansa el discutido humanista del Cabrero, que tiene en él a uno de sus más acérrimos defensores.

Tal la figura de Fernando de la Vega, cuya sombra empieza alejarse por la mano del tiempo inexorable. Queda a la posteridad su memoria extraordinaria, aureolada con la corona del triunfo y señalada mo el patrimonio literario de la Patria que con el sello consagratorio de una obra que enorgullece y acrecienta con mérito suprenvena en él a uno de sus más "claros varones".

GASTÓN ABELLO FALQUEZ

AURELIO MARTINEZ MUTIS

Aurelio Martínez Mutis, gala y ornamento de la poesía castellana contemporánea, ansioso de pasear su inspiración por los prados armoniosos de otros idiomas, ha escogido el de Racine y Hugo para dar a conocer a los franceses algunas de las joyas que se guardan en los cofres del parnaso colombiano. La gran capacidad de asimilación del viejo rosarista y poeta laureado, le ha puesto en condiciones de dominar la lengua del país donde actualmente

reside, con tal precisión, que es difícil hallar diferencia entre la ductilidad del ritmo del nativo de Francia y la del que, transitoriamente y por lírica inclinación exenta de vanidad, asume papel tan intrincado y serio. Con real satisfacción de hijos del glorioso claustro del Rosario, insertamos aquí una de las producciones en francés de aquel otro hijo del Colegio donde se meció la cuna de la República:

LES PETITES JOIES

(A Miguel Aguilera Rogers, redactor de la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuyos claustros son para mí inolvidables).

“A pres ma mort je ferai tomber
une pluie de roses”.

*¡Quelle a vraiment raison, Therese de Lisieux!
Et j'ai compris son ame, ne fut-ce qu'un petit peu.*

*¿Le bonheur? ... le voici: ce sont les petites joies:
elles petillent partout, personne ne les voit.*

*J'ai eu mon ciel aussi, le long de ma carrière,
en versant des petites harmonies sur la terre.*

*C'est la musique verte d'un perroquet, l'ami
de l'aveugle, chanteur malgré tout: le cri-cri
que fait de son recoin le grillon; les oranges
et le miel au repas franciscain que je mange
à minuit, et les abeilles qui ont donné le régal;
la neige, si somptueuse que la fete nupcial;
la clochette anonyme de la pluie, qui a merveille*

*se fait entendre partout sans briser le sommeil;
le sou que vous donnez a qui en aura besoin
et de suite, augmenté d'un million, vous revient;
le tabac qui nous manque dans la panne inouïe
et dont vous fait cadeau, soudain, un bon ami ...*

*La patience, la plus petit des vertues
et dont Pascal résout toutes les inconnues.
Si je l'avait, grand Dieu, pour gagner de mes pas
de fourmie ton royaume, qui jamais ne mourra!
Alors, je serais riche, en possédant les choses
sur ma tete, quand meme, il pleuvrait aussi des roses,
et je serait ravi de parler le francais
comme le rosignol et le chardonneret.*

Paris, 1952

AURELIO MARTINEZ MUTIS

I N D I C E

LETRAS Y FILOSOFIA

| | Págs. |
|--|-------|
| <i>José Vicente Castro Silva.</i> — Notas para la Historia de la Filosofía (VI) | 133 |
| <i>Jesús Muñoz, S. J.</i> — Utilidad Pedagógica de la clasificación caracterológica de Heymans retocada por Le Senne | 153 |
| <i>Roberto Restrepo.</i> — Uso y Abuso del Artículo | 162 |
| <i>Abel García Valencia.</i> — ¿Guillermo Valencia fué plagiado en Rusia? | 167 |

DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

| | |
|---|-----|
| <i>José Ma. Ots Capdequí.</i> — Sobre el Régimen Jurídico de la Fundación de Poblaciones, Aprovechamiento de Baldíos y Explotación de la Minería en el Nuevo Reino de Granada Durante los Primeros Años del Siglo XIX | 179 |
| <i>Agustín Gómez Prada.</i> — El Delito Imperfecto | 197 |
| <i>Jesús Medardo Rivas Sacconi.</i> — El Privilegio y la Constitución Colombiana | 211 |
| <i>Juan Rafael Bravo Arteaga.</i> — La Posibilidad de la Prescripción en los Inmuebles | 219 |

DIVULGACION CIENTIFICA

| | |
|--|-----|
| <i>Manuel M. Quevedo Sánchez.</i> — Segundo Diálogo de Lotodrión y Ascodelphos | 227 |
|--|-----|

VIDA ROSARISTA

| | |
|--|-----|
| <i>Julio César García.</i> — Efemérides Rosaristas | 245 |
| Actos Oficiales | 250 |
| Mayo | 252 |

NOTAS

| | |
|--|-----|
| <i>Humberto González Narváez.</i> — Nota Bibliográfica | 255 |
| <i>Carlos Abello Falqués.</i> — Fernando de la Vega | 260 |
| <i>Aurelio Martínez Mutis</i> | 262 |